

**EL MAR
EN EL PENSAMIENTO DE
ESCRITORES ECLESIASTICOS**

POR

LUIS FERNANDO RUZ TRUJILLO

Académico Correspondiente

1. INTRODUCCION.

Un atardecer paulatino en una playa tranquila, cuando el disco del sol se pierde en el horizonte, es un descanso para el espíritu y también un océano de pensamientos, imaginaciones, propuestas, perspectivas, conclusiones.

¿Quién no ha tenido alguna vez el gozo íntimo de una puesta de sol?

Así me pareció la primera vez que tuve la idea de hacer un estudio sobre el mar en la Historia de la Iglesia: alguna relación tenía que haber.

Es más: me pareció interesante buscar si el mar había tenido algo que ver en la historia eclesiástica americana, si había tenido algún papel que jugar, por ejemplo, en la organización de las diócesis. Me pareció cautivante.

La primera impresión fue que era fácil llegar a ese punto del horizonte que abarcaba mi vista; y en vez de continuar sentado en las rocas costeras contemplando el oleaje y el ocaso, decidí navegar hacia ese punto lejano, apenas imaginado.

Primeramente tenía que acumular el bagaje adecuado, lo cual me obligó a indagar el pensamiento sobre el mar en la Historia de la Iglesia: buscarlo en los Santos Padres, escritores, historiadores, Papas, juristas, lo cual se hizo largo y fatigoso, aunque agradable y útil.

Lo segundo fue constatar que, mientras más avanzaba, más problemas históricos aparecían, que se multiplicaban y se relacionaban entre sí: el tema se hacía más complejo.

Esa es la imagen de nuestra investigación; por eso buscaremos:

“El mar en el pensamiento de escritores eclesiásticos”.

Recoger y presentar puntos en que se dé una intervención escrita de Santos Padres, Papas, Congregaciones romanas, escritores, teólogos, juristas, con sentido histórico.

No se trata de mirar únicamente con ojos materiales esas referencias, sino penetrar en la sustancia marina oculta que contienen, como lo expresó San Basilio, a propósito del pasaje que refiere que Dios vio que el mar era hermoso:

“Esto no indica la Escritura, esto es: que se presentó a Dios cierto aspecto agradable del mar; pues el Creador no mira con los ojos la belleza de una criatura, sino que las cosas que son hechas, se contemplan con una sabiduría inefable” (1).

Dicho de manera más comprensible: Dios ve la esencia de las cosas. O como dicen una palabras de Dídimo el Ciego:

“Como los artistas ven sus obras, con mucha mayor razón ve Dios con su inteligencia. El ve eminentemente, no por el sentido de la vista” (2).

Se dejan a un lado las referencias escriturísticas o las que los Santos Padres o escritores eclesiásticos han explicado con sentido figurado o de exégesis literal o moral: se toman aquéllas que contienen un sentido histórico.

El evangelio de Lucas, “la historia de Lucas” habla de la nave de Pedro, la verdadera nave, la nave primigenia. Su sentido es literal: barca que servía a Pedro y a sus hermanos y compañeros para dedicarse a su oficio de pescador en el Mar de Galilea.

Mas, resulta que Pedro designado por Jesús de Nazaret como guía de aquellos pescadores y de aquellos peces que debían recoger por el mundo en sus redes, con la ayuda de una barca. La nave de Pedro se convirtió en un símbolo: la nave se llama Iglesia y la dirige Pedro. Esta nave se mueve por los mares, tranquilos o procelosos, buscando más hombres para llevarlos a Cristo.

Puedo presentar todo un capítulo sobre esta nave de Pedro, pero sería más bien un tratado de eclesiología o un capítulo de Historia de la Iglesia. Aquí se trata de una investigación histórica.

2. FUNDAMENTOS ETIMOLOGICOS

Como la mayoría de las citas están sacadas del latín (aun la de los autores griegos), deseo poner una referencia etimológica.

MAR es nombre latino: “mare magnum”, “mare nostrum”.

Los griegos decían “thalassa” o bien “pontos”, de los cuales tenemos algunos derivados en nuestra lengua: talasocracia.

Mar es latino: “mare est receptum quarumvis aquarum”; mar es el refugio de todas las aguas; mar es la conjunción de todas las aguas saladas.

Los clásicos latinos han dejado muchísimos epítetos del inmenso mar, haciendo gala de mostrar sus diversas cualidades.

Mare: asperum, Virgilio, Aen. 6, 351: Maria aspera iuro: y juro por la negra mar, rey mío.

Navifragum, Virgilio, Aen. 3,553; expresión poética: “Ya asoma Carlonia, y Scileo que náufraga infamó reliquia tanta”.

Caeruleum, Séneca, in Hipolitum 5, 1.

Ignotum, Marcial, lib 7, 18.

Ut mare profundum et immensum, Cicerón, Pro Plancio 6.

Indomitum, Tibulo lib 2 3, 49.

Purpureum, Virgilio, Geórgicas 4, 373: “in mare purpureum violentior influit amnis”: “y bajo el manto de la mar purpúreo, con desusado arrojo se dilata”.

Velivolum, Virgilio, Aen. 1, 228: “y el mar de velas erizado”

Tumultuosum, Horacio, Odas 3, 1, 26: sole praesertim affulgente neque tumultuosum sollicitat mare.

Iratum, Horacio, Odas 5, 2, 6: “ni el mar bramante, ni del airado mar el ronco estruendo...”

O bien se expresan con varias palabras.

Aspera maris, dice Tácito, Annales 4, 6.

Mari tuto decurrere, via tuta maris, describe Ovidio, Metam. 11, 747.

Iacet planum, afirma Juvenal, Sat. 12, 62.

Ut mare, quod sua natura tranquillum sit, ventorum vi agitari atque turbari, discurre Cicerón, Pro A. Cluentio Avito 49.

Mare oceanum, identifica Julio César, De bel. Gal. 3: summa erat vasto atque aperto mari, magnis aestibus difficultas navigandi: siendo imposible navegar en un mar tan vasto.

Inde omnem classem ventus auster lenis fert, mare velis florere videris, narra
Cátulo: verás florecer el mar con las velas...

Mare, terra, caelum, di vestram fidem, exclama Plauto.

Video daturus nomina ponto, Horacio, Od. Lib. 4, 2, 4: para dar nombre al
claro piélago...

Sus proverbios han pasado casi iguales a nosotros.

Terra marique aliquid quaerere: buscar por tierra y por mar.

Mare et montes polliceri, prometer mar y tierra, que los italianos traducen:
prometter mari e monti, Roma e toma.

In mare fundere aquas, que Ovidio explica así: “his qui contentus non est, in
litus arenas, in segetem spicas, in mare fundat aquas: el que no está contento con
estas cosas derrame arenas en la playa, espigas en el trigal, aguas en el mar.

En cualesquiera de nuestros trabajos o investigaciones se podría decir: “viam
qui nescit, qua deveniat ad are, eum oportet amnem quarere comiten sibi” al que
no conoce el camino por donde se llega al mar, hay que buscarle un río que le sirva
de compañero.

Hasta para degustar un buen vino pudo expresar Horacio aquello de “Chium
maris experts”, Sat. 2, 8, 15. Dicho de otro modo: “vino navegado”, vino que ha
atravesado el mar. Puro y sin agua de mar presenta Alcon ese vino de Scio, Obras
compls. 3, 412. (3).

Cualquiera de estas expresiones podemos encontrar a lo largo de nuestra
investigación o de nuestra lectura; tal vez, todas. Así de grande e importante es
el mar.

3. RECOGIENDO EN LOS CAMPOS DE LOS SANTOS PADRES.

Como Ruth recogía espigas en los campos de Booz, así podemos espigar en
los campos de los Santos Padres y escritores eclesiásticos.

No se encuentra entre ellos un tratado específico sobre el mar; pero la
investigación nos irá proporcionando espigas sueltas y sustanciosas que pueden
constituir una gavilla o que puede transformarse en alimento agradable.

Sus escritos no llevan específicamente a una definición o descripción del mar;
no se trata de una definición filosófica, lingüística o gramatical, sino que presentan
un conjunto de datos que forman una descripción común más que descripción
geográfica.

El nombre de mar, sigue la explicación hebrea: mar es la congregación de las aguas.

Así San Agustín: “En la locución hebrea se expresa que la reunión total de las aguas, sean saladas, sean dulces, se llama mar” (4).

Lo mismo dice San Jerónimo, tal vez con anticipación en el tiempo:

“Se ha de notar que todo conjunto de aguas, sean saladas, sean dulces, según el idioma hebreo, se llaman mares” (5).

Fija definitivamente esa definición San Isidoro de Sevilla en sus “Etimologías”, que será la base para posteriores definiciones y estudios:

“Mar es la recolección de las aguas. Todo conjunto de las aguas, saladas o dulces, por extensión se llaman mares, según aquello de la Escritura: y al conjunto de las aguas llamó mares. Propiamente se dice mar por aquello que sus aguas son amargas” (6).

San Gregorio Nazianceno hace una referencia a este nombre cuando escribe:

“Acaso, preguntaba, ¿no son mar nuestra vida y las cosas humanas? Pues aquí hay mucho de amargura e inestabilidad” (7).

A lo que San Agustín replicaría en sus “Confesiones”, que no se trata de amargura, sino de aguas:

“¿Quién congregó a los que causan amargura? Para ellos es el mismo fin temporal y de felicidad terrena, por la cual realizan todo, aunque fluctúen en innumerable variedad de preocupaciones. ¿Quién, Señor, sino tú que dijiste que se juntaran las aguas en un solo conjunto, para que apareciera la tierra árida, sedienta de ti? Porque tuyo es el mar y tú lo hiciste y tus manos formaron la árida tierra, pues no es la amargura de las voluntades sino el conjunto de las aguas que se denomina mar” (8).

Esas descripciones no las dejan tan escuetas y breves, sino que las completan con ciertas características o cualidades que les añaden.

La primera es su grandeza que, a su vez, incluye otras cualidades más bien físicas, como la profundidad. La grandeza tiene una mayor relación con el hombre. Se puede comenzar con San Jerónimo, que lo dice lacónicamente al servirse del mar como ejemplo:

“... para que se pueda comprender lo que se dice, tomemos un ejemplo. El mar ciertamente es inmenso, y su capacidad sólo la conoce Dios” (9).

A esa grandeza, San Cirilo de Jerusalén le añade inmediatamente otras cualidades: el Creador ha hecho tantas cosas y de tan diversos modos. De las aguas proceden los peces y las aves, aquéllos nadan en las aguas, éstas vuelan en el aire. Ha hecho el mar inmenso y espacioso y una cantidad innumerable de peces:

“El mar es grande y espacioso; ¿quién describe la profundidad y extensión del mar o bien el inmenso ímpetu de las olas? Lo primero consiste en los límites fijos, por aquello que le dijo: Hasta aquí llegarás y en ti mismo se moverán tus olas y no podrán pasar sus límites. Lo que declara que le ha impuesto un mandato preciso, pues, mientras se mueve deja una línea demarcatoria en las costas, como significado para los que miran que le ha puesto límites que no puede traspasar” (10)

San Clemente Romano, en su Epístola a los Corintios, mezcla la idea de grandeza con otras ideas muy llamativas, en un pasaje excelente. Fuera de describirlo como parte de la creación según los textos bíblicos, añade los siguientes: el mar es un depósito “synagogue” que reúne, recoge, junta muchos elementos; el mar es infranqueable, inmenso, sin límites: “apératon”; más allá del mar hay otros mundos: ¿acaso la Atlántida?

“La inmensidad del mar y su profunda mole por su mandato congregado en conjunto, no traspasa los límites impuestos sino según le mandó, así lo hace. Dijo, pues, hasta aquí llegarás y tus ondas se contendrán en ti mismo. El Océano es infranqueable para los hombres y las tierras que hay más allá se rigen por las disposiciones divinas” (11).

Expresiones confirmadas por pasajes de otros autores.

Inmensidad que corrobora San Agustín, cuando al hablar de los antípodas, pone como argumento la imposibilidad para los hombres de atravesar el mar infranqueable:

“Que existan los antípodas son fábulas ... no hay razón para creerlo. Porque no miente la Escritura en estas cosas que se completan con dicha narración; aún más, es absurdo que se diga que algunos hombres desde aquí hacia aquella parte, traspasada la inmensidad del Océano, hayan podido navegar y trasladarse para que también allí existan hombres nacidos del mismo primer hombre para constituir el género humano” (12).

Y lo confirma Eusebio de Cesarea cuando emplea las mismas palabras de Clemente:

¿Y qué obra podría purificar el agua que todo lo purifica? ¿cómo el vasto océano infranqueable para el hombre, podría derramarse y purificar este amargo mar?(13).

Y Teodoreto de Ciro con sus siempre bellas frases:

“Y dominará de mar a mar, como si dijera dominará en todos los confines, porque tras la tierra hay grandes mares que no se pueden atravesar, que algunos llaman Atlántida o el océano oriental que bien se declara una valla alrededor del orbe de la tierra” (14).

Usa las palabras “apératon thalasson”: mar grande e imposible de navegar.

Es casi lo mismo que dice San Ireneo en aquellas otras palabras “quién puede explicar lo que hay más allá del mar y qué cosas son”, aludiendo a pueblos o mundos en el mismo sentido de Clemente y Agustín, expresando que para los antiguos eran de tal manera desconocidos que ni siquiera podían imaginar la existencia de otros pueblos allende el océano.

“Qué podemos exponer de la aproximación y retirada del océano, pues consta que tiene una causa? ¿Y qué decir de aquello que está más allá de él y decir qué cosas son? (15).

Ni siquiera la mente humana puede conocer de su profundidad y de su extensión, lo que hay dentro y fuera de él, como afirma San Hilario de Poitiers:

“El mar sin embargo, que el modo de nuestra vida que sacando y derramando se anima y permanece, y su movimiento en tanta variedad, es moderado por las fuerzas lunares en su aumento y disminución que sube y baja por las fuerzas de la luna y sus profundidades casi infinitas exceden la opinión de la mente humana, para que ni lo que está fuera de sí, ni lo que está dentro de sí podamos captarlo con nuestro sentido inquisidor” (16).

A las palabras de Clemente Romano se unen Clemente de Alejandría y Orígenes haciendo hincapié en considerar al mar sin límites y afirmar otros mundos más allá, según lo de San Pablo a los romanos 11, 33: “Oh profundidad de la riqueza y sabiduría de la ciencia de Dios. Cuán admirables son sus juicios e inescrutables sus caminos”.

Recordemos de paso que esas eran las ideas existentes en los círculos antiguos y medievales hasta que llegaron las afirmaciones y los viajes exploradores de portugueses y españoles: recién entonces se comprobó que no había Atlántida ni existían abismos con monstruos.

Con un poético pasaje de San Gregorio Nazianceno se completa esta expresión de grandeza, junto con la alusión a otras cualidades:

“Así pues, el mar si no me pareciera admirable por su grandeza, admiraría su delicadeza y placidez, igualmente cómo puede suceder que siendo libre y desatado, sin embargo se consolida en sus límites; y si no es por la delicadeza, ciertamente lo contemplaría en su grandeza, porque sobresale en ambos sentidos, predicaré su fuerza y su capacidad. ¿Quién juntó tan grande mole de aguas? ¿Quién lo restringió con ciertos vínculos? ¿Quién lo extiende y, sin embargo, permanece en su lugar y respeta la tierra vecina? ¿Cómo sucede que retira sus ondas exuberantes, o con qué palabras se puede describir? No lo sé. No crece en su amplitud sino que permanece siempre igual. ¿Cómo sucede que tan gran elemento tenga por término la arena? ¿Pueden explicar los físicos el verdadero vaso que es el mar, esto es midiendo tantas cosas con su ingenio? Yo mismo lo haré para explicar con pocas palabras sacadas de la Escritura más probable y verdaderamente que ellos con sus prolijas explicaciones. Le puso mandato sobre la faz del agua. Este es el vínculo de la naturaleza húmeda. ¿Cómo lleva un navío terrestre de madera con poco viento? El mar y la tierra se entrelazan y aquellas cosas que difieren tanto en naturaleza, se juntan para uso del hombre” (17).

Todas las obras de Dios son maravillosas, hermosas; así lo comentan los Santos Padres. El mar es una de ellas, como lo dicen explícitamente.

El siguiente pasaje de San Gregorio Nazianceno, bello en sí mismo y en el contexto poético en que se encuentra, refleja la hermosura del mar:

“Paseaba yo solo al caer el sol; el lugar era la orilla del mar; acostumbro de este modo a solucionar tareas y relajarme. Paseaba, pues, y me dejaba llevar por los pies para gozar con los ojos de la visión del mar. No había espectáculo más alegre y agradable, aunque por lo demás suele ser agradabilísimo cuando toma color purpúreo con la tranquilidad y la blandura y suavidad de la ribera. ¿Qué entonces? El mar, gozoso empleo las palabras de la Escritura: soplando un viento fuerte, se excitaba y bramaba; las olas como acostumbran en tales casos, surgiendo y tomando altura y luego decreciendo hasta disolverse en la orilla, penetrando por las rocas cercanas y, rechazadas de ahí, se deshacían en espumosa y tenue rociadura; piedrecitas, algas, conchas y livianísimos mariscos eran lanzados y expulsados; algunas olas que retrocedían eran de nuevo empujadas. Las rocas, entre tanto, permanecían inmóviles e inamovibles, como si ninguna fuerza las removiera, a no ser que reverberaran con los golpes de las olas” (18).

Teodoreto de Ciro ha escrito un pasaje no menos bello y más extenso sobre las cualidades del mar, con el cual pretende probar la providencia divina, junto con el sol, el aire, la tierra, los ríos, las fuentes; en todos ellos ve la conveniente proporción:

se ve la hermosura y el uso tan cómodo, tanto en toda la máquina del mundo como en cada una de sus partes.

¿Quieres ver esta armonía y esta belleza de la creación? Para que te convenzas de ello, vuélvete al mar...” (19).

Es imposible dejar de lado otro pasaje de San Basilio en que habla tan claramente que no es necesario emitir un juicio sobre sus palabras:

“Esto no indica la Escritura, esto es que se haya presentado a Dios cierto aspecto agradable del mar; pues el Creador no mira con los ojos la belleza de la criatura, sino que lo que se crea lo contempla con su sabiduría. Es ciertamente un agradable espectáculo cuando blanquea la llanura del mar; cuando la ocupa la estable tranquilidad; también es grata la superficie removida por sus suaves auras cuando ofrece un color purpúreo o verdemar; cuando azota la tierra no violentamente sino que la rodea con suaves abrazos. Es bello el mar para Dios por la humedad que penetra los resquicios; igualmente bello, pues siendo receptáculo de los ríos, recibe las corrientes de todos lados y permanece dentro de sus límites. También es hermoso porque es origen y fuente de los manantiales, completándose cuando los rayos del sol sacando vapores de agua tibia, que llevados a las alturas se van enfriando por el reflejo del suelo que los eleva más, al mismo tiempo que se convierten en nubes y en lluvia que rellena la tierra. Es bello también de otro modo ante Dios porque encierra y comprime las islas, dándoles por sí mismo ornato y seguridad; finalmente, las tierras distantes entre sí, las une y les proporciona un intercambio expedito a los navegantes, por los cuales distribuye las historias de cosas desconocidas y produce riqueza para los mercaderes y fácilmente socorre las necesidades de la vida; para quienes tienen más, les facilita la exportación y a los indigentes les ofrece lo que les falta. Si el mar es bello y laudable ante Dios, ¿no es más hermoso aún la frecuencia de reunión en que se mezcla el llamado de los hombres, mujeres y niños que como ondas de la ribera suben hacia Dios nuestras plegarias?” (20).

Para completar, de varios pasajes de San Ambrosio, ponemos aquí éste:

“Vio Dios que el mar era bueno; aunque sea hermosa la especie de este elemento cuando blanquean las crestas de las olas y mojan las rocas con suave aspersión o cuando la humedad se levanta, en suaves brisas y color de púrpura de la serena tranquilidad, y se derrama en los espectadores, cuando golpea sin violencia las rocas vecinas y las rodea y saluda con pacíficos abrazos, entonces qué agradable fragor, cuán placentero y armónico resultado; yo no juzgo con los ojos el estimado ornato de la criatura, sino según la razón juzgo la acción del creador conviniendo en lo definido” (21).

4. MARES Y OCEANOS.

Se han presentado diversas cualidades en los pasajes anotados, entre los cuales resalta también la obediencia del mar a los límites fijados por el Creador, expresión reiteradamente traída a colación por los autores y explicada largamente, según el pasaje de Job 38, 8-11: “¿Quién encerró con doble puerta el mar... llegarás hasta aquí y no pasarás más allá, aquí se romperá el orgullo de tus olas”.

La referencia a límites nos lleva a distinguir mar u océano en general y mares particulares, porque ello conviene a la iluminación de la doctrina que los Santos Padres van exponiendo en sus tratados y porque tienen relación con el acontecer humano y cristiano.

La descripción del nombre nos ha dado ya una visión general: se denominan mares todas las extensiones de agua, dulce o salada. Pero al mismo tiempo ellos hacen una distinción entre océano y mar.

“El Océano es un solo mar que rodea los continentes, como dicen los geógrafos, éstos son como una isla con relación al mar; toda tierra, todo continente lo es con relación al Océano. Mas también hay avanzadas del Océano que forman mares” (22).

“Primeramente decimos que aunque se vean muchos mares, el mar es uno solo continuado, extendido por todo el orbe, de ningún modo quebrado o separado de su unidad. Por tanto, como todo el mar sea salado ..” (23).

“Los griegos y los latinos lo llaman Océano porque abarca el orbe como un círculo. Orbe así dicho por la redondez del círculo, que es como una rueda; por eso el Océano rodea sus límites en un círculo” (24).

“En virtud de esa promesa algunos que no pertenecen a la jurisdicción romana han recibido el evangelio y se han unido a la Iglesia que fructifica y crece en todo el mundo. Pero todavía le queda por donde crecer para que se cumpla la promesa hecha a Cristo, bajo la figura de Salomón: ‘Dominará de mar a mar y desde el río a los límites de la tierra’, esto es desde el río en que fue bautizado, pues desde allí comenzó a predicar el evangelio. De mar a mar significa el mundo entero con todos sus pueblos, pues el mundo está rodeado del océano. ¿Cómo, de otro modo, se cumplirá la profecía: “Todas las gentes que hiciste vendrán y adorarán tu presencia, Señor”. No vendrán emigrando de sus países ya que el Señor dijo de los creyentes: “Nadie puede venir a mí, si mi Padre no se lo otorga”. Y el profeta dice: “Y le adorarán cada cual desde su lugar, todas las islas de las gentes”. Dijo, todas las islas, como si dijera, también todas las islas; mostrando que no quedará ningún país en que no esté la Iglesia, pues están comprendidas también las islas, algunas de las cuales

están en el Océano; sabemos que algunas de ellas ya recibieron el evangelio. Y en cada una de las islas se cumple lo que está escrito: dominará de mar a mar por el que está rodeada cada isla. Acaecerá como en todo el mundo, que es, en cierto modo, la mayor de las islas, pues la rodea el Océano; sabemos que la Iglesia ha llegado ya a la ribera occidental y ha de llegar fructificando y creciendo hasta las tierras donde aún no ha llegado” (25).

Con este término “Océano” se refieren principalmente a la parte occidental del mundo que ellos conocían, al Atlántico, pues nada sabían del extremo oriente, más allá del continente Asia, una de las partes en que dividían el mundo.

“Lo que se lee por toda la Escritura lo decimos de una vez. Mar se pone siempre por occidente, debido a que la región de Palestina está de tal modo que tiene al mar en su parte occidental”

“La Escritura sagrada tiene por costumbre, por la ubicación de Judea, llamar occidente al mar”. “El mar que está junto al desierto y cae al oriente que ahora se llama Muerto, porque allí no viven seres animados” (26).

San Cirilo de Alejandría, que conocía muy bien el Mediterráneo, porque viajó muchas veces, se refiere a él cuando escribe:

“Es familiar a la inspirada escritura llamar mar a las partes occidentales porque allí es muy extendido el mar” (27).

San Agustín lo reafirma cuando cuenta que se inclinó a discutir sobre el origen del alma humana al arribar el santo, estudioso y joven presbítero Orosio.

“No quise perder la ocasión del santísimo y estudiosísimo joven presbítero Orosio, que llegó hasta nosotros desde la extrema España, esto, desde la ribera del Océano, con el solo propósito de estudiar los sagrados escritos” (28).

Lo expresa también claramente Teodoreto de Ciro:

“Afuera queda el mayor mar, que algunos llaman mar Atlántico, otros lo llaman Océano” (29).

Parece ya innecesario anotar la especificación de Mares que hacen los Santos Padres, que tienen un sentido meramente geográfico. Baste recordar que el Mar Muerto, el Mar Rojo, el Mar de Tiberíades están continuamente presentes en sus comentarios respectivos; y en su mayoría vieron y viajaron por el Mediterráneo “fuente de civilizaciones contemporáneas y de la fe monoteísta, la de la Biblia, que ha formado el alma occidental, a la cual contribuyeron ellos mismos” (30).

A todos los mares aludía San Agustín cuando decía: “A todas sus tierras llevará la Iglesia la predicación del evangelio; hasta sus confines arribará la nave de Pedro” (31).

5. EL MAR Y EL HOMBRE.

Más interesante es la mirada de los autores y su expresión escrita sobre la utilidad del mar para el hombre y sobre el uso que puede hacer de él, especialmente para el intercambio de productos y de ideas. Se puede hallar así más claramente un pensamiento sobre el mar.

El lugar de acción fue el Mediterráneo, el que ellos conocían; el Mediterráneo que siempre incitó a sus ribereños a navegar, a explorar el mundo.

Precisamente ellos han apreciado el mar porque se convirtió en uno de los principales medios para la propagación del evangelio, desde que Pablo inició su segundo viaje, por el llamado de aquel macedonio que lo invitaba a pasar hacia allá, como lo narra la historia de los apóstoles: Hechos 16, 6-12.

De esa perspectiva de evangelizar se alegraba San Agustín cuando repetía: “Sabemos que la Iglesia ha llegado ya a la ribera occidental y que ha de llegar fructificando y creciendo hasta las riberas donde aún no llegó” (32).

La utilidad del mar para el hombre es considerada desde sus aspectos físicos hasta el más complejo comercio.

Aun en aquellos puntos que parecen descabellados para nuestros conocimientos y adelantos científicos, o ingenuos en su doctrina, encuentran ellos detalles que apuntan al hombre y no deben escapar a nuestra consideración porque guardan un rico meollo: son acciones de Dios, cuyo objetivo es el hombre.

“Surgirá una cuestión, sin duda, al citar estas palabras: Gén 7, 11-12, sobre las cataratas del cielo, si se reflexiona que Dios envía la lluvia haciéndola venir del mar: ¿cómo pudo producirse el diluvio si la lluvia viene del mar y retorna en un círculo casi mecánico? Se puede responder que las fuentes del abismo, rompiéndose, han proporcionado tanta agua, o bien que no es absurdo suponer que Dios ha multiplicado las aguas de las lluvias venidas del mar, como en los evangelios cinco panes han sido multiplicados en cinco mil” (33).

Rufino de Aquilea, explicando el profeta Amós, dice:

“Donde bellamente admirado el profeta de la potencia del creador dice que él las tinieblas las convierte en mar; así el globo del sol, al explicar la rotación del sol,

repentinamente ilumina con esplendor las tierras para que las encontradas tinieblas no las repela sino que las convierta en luz. El que llama a las aguas del mar y las funde sobre la tierra, es el Señor. Elegante y sabiamente, cuando habla de los usos de los elementos que pertenecen a la institución y gobierno del creador, dijo que él lo hace todo, con su potencia formó ese orden y lo cuida ... añadió también que la humedad salida de la tierra o las corrientes ocultas del mar se elevan a las cimas en vapor, luego suspendidas en las nubes y no pudiendo llegar a las cumbres del cielo por su peso, caen en lluvia sobre la tierra” (34).

Completa esta idea San Ambrosio:

“Es bueno el mar, primeramente porque rodea las tierras con su humedad que, como por venas ocultas, suministra el jugo útil. Es bueno el mar, como hospicio de los ríos, fuente de canales, derivación de aluviones, acarreo de víveres, con lo que une los pueblos distantes, con el que se aleja el peligro de las batallas, con el que se cierra el furor de los bárbaros, siendo subsidio en las necesidades, refugio en los peligros, gracia en los placeres, mejoramiento de la salud, unión de los separados, compendio del viaje, santuario de los trabajadores, subsidio de los impuestos, alimento de la esterilidad. De él llega la lluvia a la tierra, del mar se saca el agua por los rayos del sol, y toma de él lo más sutil; después, mientras más alto se eleve, tanto más se enfría con la sombra de las nubes y se transforma en lluvia que no sólo fecunda la sequedad de la tierra sino también los secos campos labrados”(35).

Es casi inútil ya añadir algo más al respecto, después de esas hermosas frases de nuestros escritores; es conveniente pasar a otro punto ligado con el uso que del mar hace el hombre y ligado con el provecho que del mismo saca.

No es necesario explayar el asunto de la navegación, demasiado conocido, mucho más entre marinos. Baste recordar que en el tiempo de los Santos Padres, tiempo del imperio romano, había una época en que la navegación oficial se clausuraba, por los peligros de las tormentas y por la parvedad de los medios de navegación. El dato es conocido y citado muchas veces: del 11 de noviembre al 10 de marzo. Lo hizo notar San Pablo en su viaje a Roma y lo corroboran muchas epístolas de los mismos Padres. El dato de las fechas proviene de Vegecio:

“Capítulo 39. En qué meses se navega más seguramente.

Desde el mes de noviembre conturba las naves con fuertes tempestades el ocaso invernal de las Pléyades. Desde el día 11 de noviembre hasta el 10 de marzo se cierran los mares. La luz es mínima, la noche larga, la densidad de las nubes, la oscuridad del aire, la fuerza de los vientos, la abundancia de la nieve no sólo molesta las naves en el mar sino también a los viajeros en los caminos terrestres” (36).

Pues bien, hasta este hecho tiene una explicación en el pensamiento eclesiástico de Cromacio de Aquilea: “El primer mes no es enero, en el cual mueren todas las cosas (hemisferio norte), sino el tiempo de pascua en que todo revive. Entonces las hierbas de los prados como que resurgen de la muerte, hay flores en los árboles, yemas en las vides, hasta el aire es más alegre con la renovación del tiempo, en que el piloto toma el camino del mar” (37).

La navegación se abría en marzo, en las proximidades de la resurrección. Para la navegación había que contar con una nave sólida, como lo pedía San Gregorio Nazianceno (38).

Se muestra más claro su aprecio por el mar y por el uso que el hombre le da, cuando se refieren a otros puntos: las islas y el comercio. Aprecie el lector la genuina belleza con que han sido escritos:

“Hay en el mar algunas islas habitables, con saludables aguas, fructíferas, dotadas de estaciones y puertos para ser refugio para aquellos que han sido lanzados por las tempestades” (39).

“El mar es hermoso de otro modo ante Dios porque contiene y rodea las islas, dándoles por sí mismo ornato y seguridad; además uniendo las tierras distantes entre sí y proporcionando expedito comercio a los navegantes” (40).

Esta idea de comercio y de importación y exportación la hace más familiar San Juan Crisóstomo cuando la compara a una larga mesa de banquete, en que cada uno tiene a la mano lo que necesita o bien pide a los otros lo que está más alejado o pasa a los convidados lo que tiene cerca (41).

Cierra esta idea Teodoreto de Ciro con un delicado toque de amistad y caridad:

“Se cree de ordinario que el mar separa los dos continentes y que su función es de ocupar el espacio comprendido entre ambos. Pero mirado según verdad, él une las riberas de uno y de otro más que separarlas, pues permite a los mercaderes el transporte fácil y rápido de los productos necesarios a la vida; hace que el continente opuesto parezca al frente del nuestro y el nuestro al frente del otro, bastando izar las velas y manejar el timón. Si en lugar del mar se extendiera un continente, ¿qué comerciante tendría ánimo para importar lo que le falta o exportar su excedente por una vía tan larga y tan difícil? Al contrario, ofreciendo su superficie a quien lo quiera navegar llena las necesidades de compradores y vendedores. Estas son para mí razones de alabar el mar; pero lo es más, puesto que me proporciona el medio de escribirte y que las necesidades de aprovisionamiento me hayan llamado la atención y el mar me haya permitido conversar contigo, lo que yo aprecio mucho más todavía.

He aquí la verdadera razón de alabar el mar: me ha ofrecido la visión de tu piedad, pues tú eres un verdadero puerto que acoge a los perseguidos por la tempestad hasta el mismo refugio portuario y tú nos libras de las agitadas ondas de la injusticia. Sin embargo, lo que hace una joya de tu bondad no es el puerto que recibe los bajeles del mundo entero, sino la práctica del amor de Dios” (42).

6. OTRAS EXPRESIONES SOBRE EL MAR.

Se podría pensar que aquí se agotan las expresiones patrísticas sobre el mar; sin embargo, todavía encontramos otras de carácter llamativo.

San Juan Crisóstomo saca un ejemplo de un naufragio:

“¿Ves a los marineros cuando algunos padecen naufragio, cómo extienden las velas, con gran diligencia corren para sacar a sus compañeros de las olas? Si prestan auxilio a los socios en el trabajo, mucho más se debe hacer con los socios de la familia” (43).

San Jerónimo cuenta los estragos de un maremoto:

“En aquella tempestad del terremoto universal, que sucedió después de la muerte de Juliano, los mares salieron de sus límites como si Dios enviara de nuevo un diluvio o que el antiguo caos revolviere todo, las naves fueron lanzadas a las rocas de los montes” (44).

O cuando San Máximo de Turín habla de las mareas en forma casi moderna, aunque mezclándola con una narración semejante a un cuento casero:

“Nunca se daría tal cambio en todas las cosas si no fuese determinada esta razón por el creador. He aquí que el mar baja faltando la luna, y creciendo ella, se acumula de modo que a su movimiento las olas se concentran en sí o se prolongan de tal modo que cuantas veces la luna cambia en su luz, otras tantas cambia el mar en sus olas. Además se dice que los animales que nadan en el mar están más llenos en su carne cuando la luna es perfecta, y se vuelven flacos y disminuidos cuando la luna decrece” (45).

El santo habla con profundidad: en su sermón compara a la Iglesia con la luna: de donde si Cristo el Señor rectamente se compara al sol, la Iglesia la comparamos con la luna.

Entre tantas curiosidades sobre el mar no falta la intervención de fuerzas extramarinas, pudiéndose recoger muchos casos llamativos.

En la vida de San Germán de Auxerre, verdadero documento de Historia de la Iglesia, cuenta Constancio de León:

“Primeramente, del golfo galo, la nave con las olas es lanzada en alta mar, al medio, entre las nubes, donde no se veía más que cielo y mar. No mucho después acudió en el mar la fuerza demoníaca enemiga de la religión que impidiendo a tantos y tales varones que predicaban la salvación de los pueblos. Les oponen peligros, impedimentos, cubren el cielo y el día con la oscuridad como si fuera noche y las tinieblas cubren el mar y el aire. Cedían los lazos de los marineros, la nave era conducida más por la oración que por el esfuerzo; y el guía y el sacerdote, quebrado el cuerpo, quedan exhaustos. Entonces, acabando la oposición, la tempestad se aviva y la nave se hunde entre las olas. El beato Lupo y todos, turbados, excitan al más anciano para oponerle a los furibundos elementos, quién en la fuerza del peligro invoca a Cristo. increpa al océano, opone a los peligros la causa de la religión e inmediatamente, tomando aceite, en nombre de la Trinidad, con suave aspersion detiene el furor de las olas. Avisa a sus compañeros, exhorta a todos y profundiza la oración con la palabra y el clamor. Asiste la divinidad, huyen los enemigos, sigue una serena calma, cambian los vientos hacia el viaje emprendido, la nave continúa por la ola servicial; y recorridos los inmensos espacios alcanzan en breve la quietud de la deseada ribera” (46).

Es un relato fantástico; pero esas narraciones miraculosas y esos episodios maravillosos formaron parte de la Historia de la Iglesia en la cual actuó San Germán, como obispo y como impugnador de la herejía de su tiempo. Se recuerda que San Germán viajó a las Islas Británicas por invitación de los obispos de aquellas partes y por encargo del Papa, para extirpar el pelagianismo: misión netamente pastoral. Por ello tiene mayor peso esa frase de Constancio: “Así pues, alcanzan el mar océano siendo Cristo el conductor y el autor que lleva a sus servidores entre los peligros y a todos los vuelve seguros y aprobados”.

En cambio, Geroncio de Palestina nos muestra otro lado de la actuación extranatural cuando narra lo siguiente en la vida de Santa Melania:

“En tanto que se hacían a la mar desde Sicilia hacia el santo obispo Paulino y habían comenzado a navegar, por permisión de Dios, cambiaron los vientos de tal modo que se produjo una gran tempestad que impedía la navegación. El barco portaba muchos pasajeros y vino a faltar el agua de suerte que estaban todos en peligro. Los marineros decían que era la cólera de Dios, pero la santa les respondió:

--No es todo debido a la voluntad de Dios que vayamos en dirección diversa a la fijada; poned el barco en la dirección de los vientos y no le hagáis oposición.

Los marineros, como si hubieran recibido una orden de la santa, cambiaron la vela en dirección del viento y llegaron a una isla” (47).

Sin recurrir a fuerzas demoníacas, Teodoreto de Ciro cuenta este caso:

“Llegó a ser tan célebre (Teodosio, abad) que los navegantes, a más de mil estadios, en sus peligros invocaban al Dios de Teodosio y apaciguaban la tempestad con el nombre de Teodosio” (48).

La narración milagrosa llega al máximo en un pasaje de San Gregorio de Tours, que cuenta lo siguiente:

“En ese tiempo el Mar Adriático se movía con grandes olas, en el cual eran frecuentes los naufragios y el desaparecimiento de hombres de tal modo que se decía devorador de navegantes. Entonces la emperatriz Helena, doliéndose de los apuros de aquello miserables, mandó que lanzaran al mar uno de los cuatro clavos de la cruz de Cristo, confiada en la misericordia de Dios que pudiera fácilmente reprimir la fuerza de las olas. Hecho lo cual, el mar se aquietó y volvió la tranquilidad para los navegantes. Por lo cual hasta hoy los navegantes veneran el mar santificado y cuando entran se dan a los ayunos, las oraciones, las plegarias” (49).

Sin embargo, San Gregorio Magno parecía desconocer esa tradición, o bien en su tiempo no sucedía del modo que cuenta el Toursense, pues describe un gran peligro en ese mismo Adriático:

“Pienso que no se ha de callar, lo que el omnipotente Dios se dignó mostrar milagrosamente sobre su siervo Maximiano, ahora obispo de Siracusa y entonces prior de mi monasterio. Pues por mandato de mi pontífice sirviendo a los asuntos eclesiásticos en el palacio de la ciudad de Constantinopla, llegó hasta allá junto a mí el mismo venerable Maximiano, movido por la caridad, junto con otros hermanos. Debiendo volver al monasterio de Roma, formándose una gran tempestad en el mar Adriático, se mostró el misericordioso Dios hacia él y sus compañeros con un gran milagro. Pues como las enormes olas lo pusieran en peligro de muerte, perdidos los clavos de la nave, arrancado el palo mayor, la vela perdida en las olas, toda la armazón de la nave deshecha. Entró el mar en la cubierta y llenó la nave en todas sus tablas, de tal modo que no era la nave que estaba en las aguas sino las aguas en la nave. Todos los que estaban en la nave, no tanto por el miedo a la muerte sino por su presencia y visión turbados, todos se dieron la paz y recibieron la comunión, encomendándose a Dios para que recibiera benigno sus almas ya que echaba sus cuerpos en tan pavorosa muerte” (50).

Pero creía firmemente en los milagros, como lo atestigua terminando la narración de este hecho: después de ocho días de terrible tempestad en que la nave se llenó de agua, logró subsistir entre las olas y llegar a puerto; de ella salieron incólumes todos los que navegaban con el venerable Maximiano. Y lo prueba en otros dos pasajes paralelos usando la expresión de “milagro inusitado pues no cayó

una gota sobre una nave"; y otra pasó la tempestad y se hundió cuando habían bajado sus ocupantes. Además, da la razón de los milagros: mostrando que Dios sostenía con su mano el paso de la nave y de sus pasajeros, la que no pudo sostenerse sobre las aguas ya vacía y abandonada de sus ocupantes. Es lo que Dios realiza a favor de sus servidores, en clara alusión a Hechos 27, 24 – 44.

No se agotan las expresiones de los Santos Padres y escritores sobre el mar: mientras más se investiga, más numerosas son las olas de ideas que siguen dentro del mismo océano de escritos.

El inagotable Gregorio Nazianceno habla expresamente de la historia viva de la Iglesia cuando reflexiona sobre la elección de los obispos:

“No me afecta aquella perturbación y temeridad que frecuentemente se da entre nosotros y en algunos de los que presiden la Iglesia. Yo alabo la ley náutica que, primeramente, al futuro piloto le entrega los remos, seguidamente, lo coloca en la proa, encomendándole los primeros oficios; después, luego de una cotidiana navegación y observación de los vientos, lo constituye en piloto de la nave. Lo mismo que sucede en la milicia” (51).

Se trata de un ejemplo muy concreto en la historia de la Iglesia, como es la elección de los obispos, añadiendo duras críticas para los oportunistas: timoneles sin práctica de brisas y remos, como lo exige la ley náutica.

Antes de terminar este párrafo, quiero traer a colación un hecho en la Historia de la Iglesia: recordar el celo que mostró San Cirilo de Alejandría en defensa de la fe cristiana, puesta en peligro por la doctrina nueva y contraria a las enseñanzas de la Iglesia y de los antiguos.

Nestorio, patriarca de Constantinopla, había negado que María fuese la “Theotokos”, la Madre de Dios, con lo cual negaba la unidad de Cristo y se oponía a la tradición de los antiguos que había consagrado a María con ese título; esa doctrina se había esparcido desde su sede patriarcal. Inquieto por esas doctrinas, que llegaba en las naves de Constantinopla, que perturbaban la quietud de los espíritus en Egipto, comenzó Cirilo a interpelar a Nestorio sobre su enseñanza. La primera carta quedó sin respuesta: año 429. A comienzos del año 430 Cirilo escribe de nuevo a Nestorio, el que respondió al cabo de unos meses, tratando de no mostrar toda su doctrina y acusando a Cirilo de apolinarismo.

Cirilo siguió escribiendo cartas a todos lados para prevenir sobre la falsa doctrina de Nestorio, una de ellas a Acacio de Berea, venerable obispo que frisaba los cien años. Escribió así mismo al Papa Celestino I, de quien recibió respuesta y que el Papa multiplicó para otros obispos. Cirilo escribió al Papa, al emperador,

a la emperatriz, a las princesas, a los obispos. No deseo aquí hacer hincapié en la controversia doctrinal, en su desarrollo o en su final, sino tomar nota del período de esa larga comunicación.

Aún no tenemos la fecha exacta de cada una de esas misivas y de sus respuestas; pero bastará atender a algunos puntos. Las cartas, cuyas fechas conocemos, fueron escritas casi todas en el período de la navegación abierta: el mismo concilio de Efeso fue convocado para el 7 de junio del año 431, fiesta de Pentecostés. Era muy importante el paso de las naves para transportar mensajes y personas: el mar se convirtió en palestra de esa lucha doctrinal, tan notable en la Historia de la Iglesia, cuyos dardos, las cartas intercambiadas, fueron lanzados casi todos en el período de la navegación abierta en el Mediterráneo, como ya lo aclaramos. No es la esencia del hecho histórico, pero es un dato marítimo para tener en cuenta (52). Tampoco es el único: podría decirse algo semejante del concilio de Nicea o del de Constantinopla; también de la controversia y persecución de Teófilo de Alejandría contra San Juan Crisóstomo. Ello no quita nada a la controversia nestoriana; al contrario, puede aclarar los temas marítimos.

Podríamos recordar dos pasajes de la vida de San Juan Crisóstomo. Escribiendo al Papa Inocencio I sobre la tempestad que se cernía sobre la Iglesia, concentrada en la persecución en su contra, le decía:

“Ciertamente que no basta con llorar, sino también enmendar y mirar cómo se ha levantado tan gran tempestad contra la Iglesia, así lo juzgo, y avisar a los muy venerables y religiosísimos obispos Demetrio, Pansonio, Pappo y Eugenio, para que dejaran sus iglesias, y que se encomendaran a un largo viaje en el mar e hicieran larga peregrinación y recurrieran a vuestra caridad, y así aclarando entre todos se halle pronto remedio “(53).

Una anécdota es el final de esta relación: muchos de los obispos amigos y defensores del Crisóstomo fueron arrancados de sus sedes, unos privados de su vida, otros expulsados a terribles destierros, algunos permanecieron en las cárceles, otros se refugiaron en los campos que trabajaron con sus propias manos; y continúa el biógrafo Paladio:

“El santo obispo Silvano es pescador en Tróade, y de la pesca vive” (54).

Para finalizar, leamos un párrafo de Teodoreto de Ciro, que es como un compendio sobre el mar:

“Porque Dios puede administrar los timones de este mundo y quiere que todos gocen los bienes, consta que El lo cuida y lo preside tomando las riendas, como perito cochero rige toda la naturaleza creada por El y nada deja sin cuidado.

Pues, para que esto conste plenamente dirígete al mar y admira su profundidad, su amplitud, las pasadas de los estrechos, los puertos de la costa, las islas que están en medio de él, los géneros, especies, formas y variedades de los peces y el ansia con que apetecen la tierra. Así mismo, contempla la altura de las olas y el freno que a ellas le pone, con el cual impide que puedan inundar las tierras; al contrario, mientras van contra la arena, guardan los límites señalados y la ley impuesta por Dios parece inscrita en ella, a la manera que un fogoso corcel retrae el cuello por el freno puesto, como que se refugian y apesadumbran de su fuerza, sin traspasar la arena. Vemos tierras separadas por el mar y que también a las distantes las reúne en amistad. Queriendo el Señor insertar la concordia en el género humano, los obliga a prestarse ayuda y auxilio en las necesidades.

Por el mar hacemos lejanas peregrinaciones y aquellas cosas de que carecemos las conseguimos y proporcionamos a los demás las que necesitan. El supremo administrador de las cosas no deja ninguna parte de la tierra sino que le proporciona todo lo necesario para su uso y su sustento y que no falte la amistad a quien la necesita. De injusticias goza la abundancia de las cosas y es madre de las turbaciones. Por donde, en medio del espacio, resalta el mar que, dividido en muchos senos, representa el foro de alguna gran ciudad, mostrando liberalmente la abundancia de las cosas necesarias, atrayendo a muchos vendedores y compradores, a quienes junta y envía. Pues que las marchas que se hacen por la tierra están llenas de trabajos, que no solamente son penosos sino hasta imposibles resultan para subvenir a las necesidades; en cambio, el lomo del mar está preparado para llevar naves grandes y pequeñas, que transportan gran acopio de cosas necesarias a los hombres que las requieren. Pues vemos que una nave lleva el peso de una carga que apenas miles de jumentos podrían transportar.

A los que hacen la vía del mar y que sufren muchas molestias, el Creador les puso islas como puertos, llegando a los cuales, recuperados en sus cuerpos y compradas las cosas necesarias, emprenden de nuevo el camino escogido. Respeta, pues, la multitud de los beneficios, dijo el mar. Estas palabras del profeta te convienen a ti más que a Sidón. La que ignoró al Creador y su divinidad la distribuyó en muchos dioses y dejando el único culto lo consagró a quienes no eran dios; no negó la Providencia, pero se la atribuyó a ellos. No les haría consagraciones a los que creían dioses, si no estuviera convencida que confieren seguridad y apartan los daños.

Tú, en cambio, liberado del error que finge muchos dioses, confesando que todas las cosas visibles son creadas, adores al Creador de ellas, aléjalo de sus obras, colocando aparte la criatura, que esta gran máquina del mundo carece de creador y como nave que carece de todo auxilio, pretendes llevarlo todo al acaso.

Respetas, pues, los beneficios que recibes del mar, y los de la tierra, del aire, del sol que llega a ti. Respetas el techo del cielo que te cubre, respetas el tributo que recibes de las criaturas. Cada cosa de éstas que hemos recordado, son beneficios para ti y sus usos y réditos son como tributo que te ofrecen. El sol ilumina, calienta y madura los frutos de la tierra; la luna luce de noche, las estrellas te indican el tiempo nocturno a ti que caminas y señalan las vicisitudes de los tiempos; por el mar son guías del camino hacia la tierra; igualmente el aire que emana sin ti y da calor al que te engendró; las lluvias que nutren los frutos de la agricultura. Y cuando el frío arrecia (el Creador de la naturaleza) prohíbe a las semillas y plantas crecer y distribuye la fuerza vegetativa en las raíces y no pudiendo salir a lo alto, la obliga a quedarse en lo subterráneo. También a los reptiles daña lo que a las semillas y plantas. Lo mismo te señalan los diversos grupos de aves.

¿Quién puede enumerar los frutos que de la tierra, de las fuentes, de los ríos y del mar provienen? Gozas de todo y te olvidas del que los proporciona. Cuando percibes los frutos de las cosas creadas, ¿te vuelves contra el creador con locuras y furor? Los dones que realizas con las manos no los aprecias.

Conocí tus objeciones, pero no las añadiré en este discurso ni las solucionaré. Pero con otro discurso que prometo, la providencia que tú rechazas, la quiero demostrar con razones.

Entre tanto, dejándote a ti me dedicaré con atención y agrado a estas cosas y buscando tu bien donde sea, yo cantaré las alabanzas del Creador de todas las cosas a quien se debe la gloria por siempre. Amén” (55).

Hasta aquí doctrina de los Santos Padres.

7. AMPLITUD MARINA ENTRE LOS HISTORIADORES Y ESCRITORES MEDIEVALES.

Los escritores eclesiásticos antiguos y medievales tienen un esquema del mar muy semejante a los Santos Padres porque son sus continuadores y porque se formaron en la misma escuela; la fuente de sus conocimientos fue principalmente la Biblia.

Beda el Venerable hace una larga exposición sobre la doble naturaleza de las aguas, sobre la extensión del océano, por qué no crece el mar, por qué es amargo, cuál es la concordancia entre mar y luna, sobre las características del Mar rojo, etc., en una continuada exposición bíblica (56).

Suenan a repetición de Agustín y Jerónimo estas expresiones de Angelomio de Auxerre:

“Se ha de notar que todas las reuniones de aguas, dulces o saladas, según el idioma hebreo, se llaman mares. Y dice bien porque se reúnen en un lugar; las aguas se juntan en un mar y gran océano” (57).

Lo que repite de manera similar Haymon de Halberstat:

“No se dice mar porque sean amargas las aguas, sino que es costumbre de la lengua hebrea, que a todas las reuniones de aguas, saladas o dulces, las llama mares, como está escrito en el Génesis: a la reunión de las aguas llamó mares” (58).

En cambio, Alcuino da una definición más poética que filológica del mar cuando escribe:

“¿Qué es el mar? El camino de la audacia, el límite de la tierra, el divisor de las regiones, hospicio de los ríos, fuente de las nubes, refugio en los peligros, gracia en los placeres” (59).

Sin embargo, estos escritores más avanzados en el tiempo que los Santos Padres, con más adelantos y conocimientos, dan escuetas descripciones y son muy inclinados a los relatos fantásticos. Su descripción del mar recoge puntos señalados por los antiguos, pero añadiendo de su cosecha o de su tiempo, inverosímiles datos.

Su punto de partida es el océano, como la expresión máxima, pues rodea el orbe, es decir, los continentes conocidos, volviendo también a aquella idea de la inmensidad y de la imposibilidad de atravesarlo navegando.

Jordan de Ravena trae sus pasajes:

“Nuestros mayores, como refiere Orosio, establecieron que todo el orbe de la tierra está rodeado por el Océano, y a sus tres partes llamaron Asia, Europa, Africa. De cuyas tres partes existen innumerables escritores que no sólo describen la posición de los lugares sino que con mayor abundamiento, miden las distancias entre los mismos. De igual modo, determinan las islas, grandes o pequeñas, que están en medio del mar inmenso. Nadie ha descrito los límites intransables del Océano, pues ninguno ha logrado atravesarlo por las dificultades y los torbellinos de los vientos, y sientes que son intravesables y sólo conocidos por Aquél que los construyó” (60).

Es cierto que Paulo Orosio escribió también sobre el océano Indico, sobre el Mar Rojo, el Golfo Pérsico y sobre las regiones adyacentes, pero con una imprecisión notoria, o si se quiere, con una notable desproporción de distancias y vecindad de las regiones, como hacer llegar el río Indo al Mar Rojo o que la India limitaba al norte con el monte Cáucaso (61).

En cambio, Guillermo de Jumieges contemplaba el gran Océano y veía venir a los normandos no solamente desde la costa sino que extendía su vista más allá de las naves que llegaban pues continúa su paso al territorio de las Isla Británicas (62).

Pablo Diácono habla de este océano, pero pasando a otro punto del mismo, como son las mareas, dando comienzo así a la mezcla de los aspectos científicos o geográficos con los aspectos fantásticos, que continuarán otros escritores. Nos habla del océano que tiene un punto de atracción, un ombligo, alrededor del cual suceden hechos incomparables, lo que nosotros llamamos mareas (63).

Y continúa haciendo referencias a las tierras del norte: Noruega, Suecia, o las de Bretaña, explicando que las naves son absorbidas con la rapidez de las flechas y arrojadas con la misma celeridad, con otros datos que hacen interesantísima la narración. Actualmente podemos comprobar que las mareas tienen una diferencia muy grande en esas regiones. Conocido es el caso de Saint Michel en Francia (64).

Muy semejante es la exposición que hace Beda, que aporta explicaciones naturales que ya habían señalado los antiguos como Arsitóteles, Ptolomeo, Estrabón, pero al mismo tiempo señalando otras inverosímiles, como que el océano va de acuerdo con la luna, o que el mar no crece a pesar de los ríos que le llegan porque se evapora el agua o también porque se van por ocultos canales a sus fuentes originales (65).

Aclaremos que los escritores eclesiásticos, al presentar estas doctrinas, las sitúan en el Océano, o sea que ya han salido del Mediterráneo, mezclando al mismo tiempo relatos fantásticos.

Precisamente, Cosme Indicopleustes trae su nombre de la navegación que realizó por el Océano Indico, en el que se centran sus relatos, repitiendo aspectos generales y particulares, como las tierras más allá del océano, o la imposibilidad de franquear éste, no solamente por su inmensidad sino también porque en él se dan unas corrientes y vapores que impiden el paso de naves y navegantes.

Existe el gran Océano y cuatro golfos que penetran en las tierras viniendo del Océano: Mediterráneo, Árabe o Mar Rojo, Pérsico, Caspio.

“Sólo estos golfos son navegables; el Océano queda excluido de la navegación a causa de la multitud de corrientes de vapores que exhalan y que oscurecen los rayos del sol, como a causa de las distancias que son demasiado grandes” (66).

Añadiendo luego, más adelante: “Por esto Moisés revela dos cosas a la vez: que más allá del Océano se encuentra una tierra, un lugar, y que es imposible

franquear el Océano, como es imposible llegar al cielo mientras somos mortales” (67).

No solamente es mar el gran Océano, también tiene importancia cualquier trozo de él, pues en esas partes se pueden realizar hechos decisivos que cambien la dirección histórica, al menos de alguna región, que haya tenido influencia en la Historia de la Iglesia: han sido dejados de mano, tal vez por pequeños o poco importantes, como el peligrosísimo paso de Scyla y Caribdis en Sicilia (68).

Algo semejante se puede decir del Mar Negro, pocas veces nombrado en los escritos, más pequeño que otros, ciertamente, pero que guarda importancia en las ciudades de sus alrededores o en los productos de sus regiones, el cual se alarga estrechamente hacia el Mediterráneo por el Helesponto, célebre desde que el rey persa Jerjes lo atravesó con su ejército por un puente de barcas, “después de mandarlo azotar” (69).

Tal vez han sido dejados de mano por pequeños; mas a ello puede responder Simeón el Nuevo teólogo cuando escribe:

“Parado en la ribera del mar, el hombre ve el océano sin fin de las aguas; sin embargo él no puede abarcar su término y no percibe más que una parte” (70).

El hombre se siente como aquel niño de la fábula que trataba de llegar al horizonte, comprobando que éste siempre se alejaba más y más.

El mar tiene sorpresas para servicio del hombre, como lo asegura Gofredo Malatesta, con un simple experimento: metiendo una caña o algo cóncavo, aunque sea un palmo, cerca de la orilla del mar que siendo tan salado, allí se encuentra agua dulce (71).

Lo probó la experiencia: en las cruzadas fue necesario recurrir de nuevo al mar; sin su auxilio y sin su comercio, era imposible continuar la empresa. A lo largo de su extensa y detallada historia, Guillermo de Tiro lo hace notar muchas veces, hasta con detalles tan sugerentes como cuando dice que en ciertas ocasiones el mar dejaba a la mano tal cantidad de peces que alcanzaban para llevar a lejanas ciudades; pero insistiendo en que la empresa se debía llevar a cabo también con el comercio marítimo (72). Añadiendo que no se podía continuar sin un notable acopio de naves, o que Balduino no pudo tomar Ptolemaida por falta de naves, o bien que los cruzados lograron tomar Beryto o Sidón con la ayuda de navegantes genoveses o de otros noruegos, que habían peregrinado a Jerusalén con una oportuna y bien preparada armada (73).

Este comercio marítimo para utilidad del hombre tiene sus dificultades, muchas ciertamente naturales, pero otras producidas por el mismo hombre.

Marco Aurelio Casiodoro parece creer en rémoras y conchas nocivas, aunque explica luego el verdadero motivo (74), lo que también notaba Guillermo de Tiro (75).

Así podríamos seguir buscando en los escritores medievales; pero tendríamos un trabajo casi interminable. Hay mucho material de investigación en ellos; lo tenemos, pero lo dejamos para próxima ocasión.

Sabemos que el océano es navegable hasta los confines de los continentes; desde la tierra contemplamos el horizonte que siempre se aleja.

Dejemos ocasión para navegar en otra oportunidad: ancho es el mar, inmenso el océano; siempre nos deparará agradables sorpresas y profundas enseñanzas.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

1. S. BASILIO, *Homilías sobre el Hexámeron* 4, 6. P G 29, 91.
2. DIDIMO EL CIEGO, *Sobre el Génesis* 1, 10. (=S CHR 233, 85).
3. *Las citas de las palabras y de los autores latinos se encuentran en los Diccionarios importantes de la misma lengua y en las colecciones de los autores, demasiado prolija para ponerla aquí. De todos modos ellas están bien fundamentadas.*
Advertimos igualmente para las citas de los autores latinos y griegos: la mayoría de los textos están sacados de la Patrología Griega o de la Patrología Latina: P G, P L; o bien de las mejores colecciones, especialmente para los autores medievales, como la colección Sources Chretiennes. Sin embargo, no se citará el mismo texto latino, sino la traducción correspondiente con su referencia bibliográfica.
4. S. AGUSTIN, *Del Génesis contra los maniqueos* 1, 12. P L 34, 182.
5. S. JERONIMO, *Comentarios a Isaías* 5, 19. P L 24, 188.
6. S. ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* 13, 14. P L 82, 483.
7. S. GREGORIO NAZIANCENO, *Exposiciones o discursos* 26, 8-9. P G 35, 1238-1239.
8. S. AGUSTIN, *Confesiones* 13, 17. P L 32, 853.
9. S. JERONIMO, *Comentario a los Efebios* 2, 4, 7. P L 26, 529.
10. S. CIRILO DE JERUSALEN, *Catequesis de Dios creador* 9, 10. P G 33, 650.
11. S. CLEMENTE ROMANO, *Carta a los Carintios* 20, 6-8. S CHR 167, 135.
12. S. AGUSTIN, *De la ciudad de Dios* 16, 9. P L 41, 487.
13. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* 7, 21, 7. P G 20, 686.
14. TEODORETO DE CIRO, *Sobre el salmo 71*, 8. P G 80, 1433.
15. S. IRENEO, *Contra los herejes* 2, 28. P G 71, 805.
16. S. HILARIO DE POITIERS, *Tratado sobre el salmo 68*, 29. P L 9, 488.
17. S. GREGORIO NAZIANCENO, *Exposiciones teológicas* 28, 27. P G 36, 1237-1238.
18. S. GREGORIO NAZIANCENO, *Discurso sobre sí mismo* 26, 8. P G 35, 1237-1238.
19. TEODORETO DE CIRO, *De la Providencia* 2. P G 83, 583-587.
20. S. BASILIO, *Homilías sobre el Hexámeron* 4, 6-7. P G 29, 91-94.
21. S. AMBROSIO, *Hexámeron* 3, 5, 21. P L 14, 177.
22. DIDIMO EL CIEGO, *Sobre el Génesis* 1, 9. S CHR 233, 72-73.
23. S. GREGORIO NISENO, *Libro sobre los seis días*. P G 44, 99.
24. S. ISIDORO DE SEVILLA, *Etimologías* 13, 15, 1, 14, 2, 1. P L 82, 484, 495.
25. S. AGUSTIN, *Epístola* 199, 47. P L 33, 923.
26. S. JERONIMO, *Cuestiones hebreas sobre el Génesis* 13, 14, 15. P L 23, 1008.
Comentario a Isaías 4, 11. P L 24, 154.
Comentario a Ezequiel 14, 47. P L 25, 464.
Comentario a Joel 2. P L 25, 970.
Comentarios a Zacarías 3, 14. P L 25, 1527.

27. S. CIRILO DE ALEJANDRIA, *Comentario a Isaías 2, 1, 14*. P G 70, 335.
28. S. AGUSTIN, *Epístola a Evodio*. P L 33, 748.
29. TEODORETO DE CIRO, *Cuestiones sobre el Génesis: interrogación 12*. P G 80, 94.
30. S. Isidoro nombra casi todos los que se conacían hasta entonces: *Etimologías 13, 15, 2*. P L 82, 484-485. Teodoreto de Ciro nombra bastantes en *Cuestiones sobre el Génesis*. P G 80, 94.
31. S. AGUSTIN, *Epístola 199, 47*. P L 33, 923.
32. ID. *Ibid.*
33. DIDIMO EL CIEGO, *Sobre el Génesis 7, 11, 12*. S CHR 244, 112-113. Texto que era inédito y que se editó según un papiro de Toura; no aparece en P G 39; solamente algunos fragmentos.
34. RUFINO DE AQUILEA, *Comentario a Amós 5, 7-8*. P L 21, 1077.
35. S. AMBROSIO, *Hexámeron 3, 5, 22*. P L 14, 177.
36. FL. VEGECIO, *Epitome rei militaris 4, 39*. Lipsiae 1885, 157.
37. CROMACIO DE AQUILEA, *Sermones 17, 3*. S CHR 154, 272.
38. S. GREGORIO NAZIENCENO, *Poemas sobre sí mismo 2, 17*. P G 37, 1262.
39. S. TEOFILO DE ANTIOQUIA, *Tres libros a Autólca 2, 14*. P G 6, 1075.
40. S. BASILIO, *Homilias sobre el Hexámeron 4, 6-7*. P G 29, 94.
41. S. JUAN CRISOSTOMO, *De la compunción 2, 5*. P G 47, 418.
42. TEODORETO DE CIRO, *Epistolario 30*. S CHR 40, 95-96.
43. S. JUAN CRISOSTOMO, *Homilias sobre S. Mateo 15, 10*. P G 57, 236.
44. S. JERONIMO, *Vida de S. Hilarián*. P L 23, 51.
45. S. MAXIMO DE TURIN, *Sermones 31, 1*. C C L 23, 121.
46. CONSTANCIO DE LYON, *Vida de S. Germán de Auxerre 3, 13*. S CHR 112, 144-148.
47. GERONCIO DE PALESTINA, *Vida de Sta. Melana 2, 19*. S CHR 90, 167-169.
48. TEODORETO DE CIRO, *Historia de los monjes de Siria: Teodosio*. S CHR 234, 444.
49. S. GREGORIO DE TOURS, *De la gloria de los mártires 6*. P L 71, 710.
50. S. GREGORIO MAGNO, *Diálogos 3, 36, 2-5; 3, 11, 5; 4, 59, 2-5*. S CHR 260, 408, 294.
51. S. GREGORIO NAZIENCENO, *Discursos 43, 26*. P G 36, 532.
Poemas 2, 1, 10. P G 37, 1028.
52. *La controversia con la intervención de S. Cirilo de Alejandría puede verse en cualquier manual de Historia de la Iglesia; además, las cartas se encuentran en P G 77: Epistolario.*
53. S. JUAN CRISOSTOMO, *Epístola al Papa Inocencio I*, P G 52, 529-530.
54. PALADIO, *Vida de S. Juan Crisóstomo 20*. P G 47, 72.
55. TEODORETO DE CIRO, *De la Providencia 2*. P G 83, 583-587.
56. S. BEDA, *De la naturaleza de las cosas 38-42*. P L 90, 257-262.
57. ANGELOMIO DE LUXEUIL, *Comentario al Génesis 1, 10*. P L 115, 119.
58. HAYMON DE HALBERSTAT, *Homilias de tempore 117*. P L 118, 624.
59. ALCUINO, *Didascálica 5*. P L 101, 977.
60. JORDAN DE RAVENA, *Del origen y de los hechos de los godos I*. P L 69, 1251.
61. PAULO OROSIO, *Siete libros de historia 1, 2*. P L 31, 675-678.
62. GUILLERMO DE JUMIEGES, *Historia de los normandos 1, 2*. P L 149, 781.
63. PABLO DIACONO, *Historia de las lombardas 1, 6*. P L 95, 444.
64. Cfr. "marea" y sus derivados, en cualquier obra especializada de Geografía o en las obras descriptivas geográficas.
65. S. BEDA, *De la naturaleza de las cosas 40*. P L 90, 261.
66. COSME INDICOPLEUSTES, *Topografía cristiana 2, 29, 43*. S CHR 141, 333.
67. ID. *Ibid.* 351.
68. GOFREDO MALATERRA, *Historia siciliana 2, 1*. P L 149, 1121-1122.
69. GUILLERMO DE TIRO, *Historia de los hechos en tierras transmarinas 2, 7*. P L 201, 257.
70. SIMEON EL NUEVO TEOLOGO, *Capítulos teológicos 2, 11*. S CHR 51, 74.
71. GOFREDO MALATERRA, *Historia siciliana 4, 16*. P L 149, 1194.
72. GUILLERMO DE TIRO, *Historia de los hechos en tierras transmarinas 2, 7*. P L 201, 257.
73. ID. *Ibid.* 466, 479, 499, 501.
74. CASIODORO, *Doce libros de variadas casas 1, 35*. P L 69, 532.
75. GUILLERMO DE TIRO, o. cit. 269.